

DANA GELINAS

**MEDIODÍA
BLANCO**

antología personal

Dana Gelinas

Monclova

Es poeta, traductora, editora, ensayista, y además escribe libros para niños. Fue jefa de redacción de la revista en inglés *Sacbé*. Publicó, en 1991, *Bajo un cielo de cal*, un primer libro acerca de todo. En 2004 obtuvo el premio de poesía Tijuana con el título *Poliéster*, en el que escribe de Sólo Dios, un poblado de la selva chiapaneca y sus alrededores durante el conflicto armado que inicia en 1994, así como también de lo que la civilización estraga en su camino. En 2006 fue publicado su libro *Altos Hornos*, serie de poemas acerca de la ciudad del acero y de su infancia. En ese mismo año obtuvo el Premio de Poesía Aguascalientes con *Bóxers*, un libro acerca del amor en tiempos de consumismo salvaje, y en 2011 publicó *Los trajes nuevos del emperador*, poemas en los que escribe acerca de los tiranos de la cultura pop, dueños de los obturadores de nuestros días.

MEDIODÍA BLANCO

ANTOLOGÍA PERSONAL

Dana Gelinas

MEDIODÍA BLANCO

DIRECTORIO

Lic. Rubén I. Moreira Valdez

GOBERNADOR DEL ESTADO DE COAHUILA DE ZARAGOZA

Lic. Ana Sofía García Camil

SECRETARIA DE CULTURA DE COAHUILA

Lic. Carlos Flores Revuelta

DIRECTOR DE ACTIVIDADES ARTÍSTICAS Y CULTURALES

Lic. Miguel Gaona Hernández

COORDINADOR EDITORIAL

© Dana Gelinas

© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza

© Secretaría de Cultura de Coahuila

Edición: Miguel Gaona

Diseño: Estefanía Nicté Estrada

Corrección: Alejandro Beltrán

ISBN: 978-607-9376-07-9

Saltillo, 2014

ENCUENTRO
INTERNACIONAL
DE POESÍA
MANUEL
ACUÑA
2014



EFRAÍN
HUERTA
100 AÑOS

MEDIODÍA BLANCO

Nací y viví muy cerca de los Altos Hornos de Monclova, bajo atardeceres rojo de cadmio, verde clorato de bario y cobalto. Caminé kilómetros bajo un sol blanco porque sí, con un gran trozo de hielo granizado en un vaso grande. Me atraen tanto las olas pétreas entre Saltillo y Monterrey como el Pacífico. Uno de los valles más bellos que he visto en mi vida está en los alrededores de Saltillo, allí donde no puedo dejar de ver los alcances del oro de las calles donde vive mi madre, ella que nació en Cuatro Ciénegas, donde está la Poza de la Becerra donde nadé y pude ver colores nuevos, y una fauna que data desde el comienzo de los tiempos.

Todo eso lo registran estas páginas.

También está escrita en estas páginas mi obsesión por la historia reciente. Creo que muchos de estos poemas, y cada verso del libro en cierta forma aún inconcluso que es *Los trajes nuevos del emperador*, comparten esa tendencia. No estoy de acuerdo en que poemas históricos sean solamente aquellos que recrean el pasado. El presente ha ocurrido y también ocurre.

Dana Gelinas

A mamá

TERMINATOR

Arnold Schwarzenegger, antes austriaco,
se inflamó el corazón con esteroides
y pesas de gimnasio
emulando a los héroes modernos.

Y yo, lo confieso,
llegué a atiborrarme de burbujas de Coca-Cola
y palomitas de maíz,
mientras el gran Arnold, una estructura de titanio en vez de huesos,
terminaba con estrellas y extras de Hollywood.

Además, lo confieso, me parece un buen comediante
en películas para niños de *kinder garden*.

Sin embargo, lo que más admiro de él,
lo que me hace reír
—y en verdad reí hasta las lágrimas—

fue ver la escena en que le confiesa un gran amor a su esposa Kennedy durante un homenaje público al actor:

Te amo, María, porque tienes la belleza de leyenda de los Kennedy.

Te amo porque cuidas a los niños mientras filmo.

Te amo, y beso tu mejilla para despedirme,

siempre que voy a las juntas del Partido Enemigo de los Kennedy.

Declaro que te amo, y que tengo una fortuna propia

gracias a los monstruos del espacio cibernético

y a mi risa musculosa.

Te amo, María,

mientras levanto el puño de Bush,

el presidente más poderoso de la Tierra,

enemigo tuyo, y también de tus hijos.

LA DONCELLA DE HIERRO

Desde niña,
antes de ser elegida Primera Ministra de Inglaterra,
Margaret se peinó a la usanza de un Supremo Juez
(usó infinita laca sobre su cabello
hasta que terminó con la bienaventuranza
de nuestra gran capa de ozono).

Esta Doncella de Hierro,
ella misma un sillón de tortura con puñales en asiento y espalda,
se transformó en la Dama de Hierro Más Gélida del Planeta.

Con ella se abatieron los sindicatos de hombres duros
del acero y de las minas
del duro Gales, de la digna Escocia
y del resto de Inglaterra.
Con ella *tories* y comunes pálidos
enmudecieron en su fe.

Bajo su ira, el hielo fue transfigurado en nitrógeno líquido
sobre las Islas Malvinas,
cuando Margaret disparó contra un buque-lancha
con un cargamento de niños
reclutados de las escuelas
de la noche a la mañana.

Con ella, un extremo del planeta se congeló aún más
cuando otros grupos de estudiantes,
en suelas de goma,
fueron a defender el honor de la República Argentina.
Una Alaska del Sur para la Dama.

Una estatua de hielo se apoderó de mi alma
cuando leí que Margaret desembarcó mercenarios kurdos
inyectados de droga
para degollar
batallones de niños
con las suelas de goma de sus tenis
fusionadas al hielo de la Antártida.

EL PEQUEÑO AUGUSTO

Augusto, el nene Pinochet,
sólo podía llamarse Augusto.

No obstante, ¿qué es incluso el apelativo del César
sin la armada de un pequeño país?

Y qué es un pobre país,
su presidente y su moneda,
y qué son las urnas
de una gran democracia
sino cenizas,
sin las insignias de un gran ejército.

Augusto no era sino la fe ciega
en instituciones majestuosas:
el ejército de Chile,
el Pentágono
y su madre.

“Aprende inglés”, aconsejaba la Santa Señora,
mientras hacía punto de cruz,
“y se te abrirán las puertas
aquí... y en otras partes del mundo”.

Y Augusto, pesado, soso,
tan distinguido como un carcelero
después de un mal día,
aprendió a hablar inglés
con funcionarios menores avocados en Chile,
luego con funcionarios medios del Norte;
finalmente, lo entrevistó un funcionario de espejuelos
tras un enorme escritorio de caoba.

“Se le entiende perfectamente,
y se le aprueba.
Nos gustan sus tiempos
y sus modos,
¡ejem!, estamos de acuerdo con los sujetos
y ¡wow!, general,
¿dónde manda usted a lavar su uniforme?
Ni siquiera puedo contar todas sus insignias”.

“Esto –se enderezó de golpe Augusto
y asintió con un tenso arco en la espalda–,
es obra de mi madre”.

Un día, el pequeño Augusto mató a su amigo Salvador.

“Mal Nombre”, dictó su madre,
“Salvador del Más Allá es de mal agüero”,
mientras lavaba y cepillaba cada insignia de su traje,

“Mal Nombre”, y una lucecita se encendía, microscópica,
en el Valparaíso de su cabeza.

Al amanecer, el consentido Augusto daba órdenes
de matar y torturar,
y la madre de Augusto lustraba galardones
y los volvía a clavar a la altura del pecho,
hasta que un día Pinochet encerró a miles
de salvadores en un estadio
y los ejecutó a todos.

Ningún huérfano,
viuda
o madre enlutada
logró que tiritaran siquiera
los millones de luminarias que encendió
la madre de Augusto alrededor de su cerebro.

Hoy mismo varios tribunales internacionales
intentan juzgarlo.

Ahora lo cuida un médico igual que su madre.
Lo consulta a domicilio y lee ante las cámaras
un informe de salud
cada vez que su cliente recibe
un citatorio del Tribunal de Justicia.
Hoy le duele el corazón,

y mañana no podrá confesar ante ustedes,
porque le dolerá la sien izquierda
y después la derecha.
En fin, mi paciente no confesará nada nunca.

Compite con eso, César;
compite con la madre de Augusto, Agripina la Justa.

DONALD BOY

Ciertos genios me dan envidia:
Trump, más que nadie,
el arcángel Trump frente al espejo.

No es fácil entrecerrar los ojos
(peinarse antes con gel)
y hacer un puchero con el labio superior
para decir, como un niño mimado:
“*You are fired*”.

“¿Te importó más tu moral que tu trabajo?
So, you are fired (es decir, Yo soy el Ego).
No eres un verdadero líder”.

Donald Trump escribe *best-sellers*
que aconsejan despedir a todos:

“Enciérralos juntos en un cuarto de hotel,
confunde sus cepillos de dientes,
reproduce en sus oídos uno de mis discos de superación personal
mientras duermen,
y despertarás el subconsciente perdedor”.
Cada vez que escucho a Donald decir “*You are fired*”,

son las mismas veces en que me siento incapaz de escribir
un solo verso
y entonces me siento absurdamente sola
frente a un niño-de-negocios de dos años
que menea la cabeza,
censurando esto o aquello que escribo.

THE PET GOAT

Baby Bush,
léenos un cuento, por favor;
aquel de las grandes astucias del Gato con botas,
el de las negociadoras melodías del flautista de Hamelin,
o la verdadera historia del ministro aquel
transfigurado en el Rey Midas,
pero te pido que leas
con todo cuidado.

No pongas el texto de cabeza.

No salives el libro.

Un lado del planeta sólo te escucha,
pero en el lado opuesto citarán
cada frase tuya durante mil generaciones;
si insistes en leer el cuento maldito de la cabra mimada,
un cuadrúpedo histérico que acaba con una casa
y se proclama *sberiff* porque atrapa a un par de ladrones,
Okey, te espero aquí el 11 de septiembre próximo
George Junior,

tengo fe en tu oratoria

y en que tú seas aclamado por *The Pet Goat*
sobre la tierra entera.

UN DIOS MENOR

“Sí, deseo el Olimpo
sobre la ciudad de México”,
salivó Gustavo Díaz Ordaz
con la sonrisa de un asno.

“Finanzas, hombre, finanzas”,
incluso un gran olímpico
rebusca el oro de la fragua.
¿Qué sería del Emperador
sin el hombre cabizbajo?
Sólo una leve centella
que esculpe el escudo del águila
sobre un medallero.

“Ah, y necesitamos al ejército
para garantizar la paz de los grandes juegos”.

Y entonces la Noche de Tlatelolco cayó
como un edificio fracturado
sobre sus habitantes,
y murieron quienes deseaban un país diferente
y quienes solamente pasaban por allí.
Así lo consigna la historia.

Mientras, su Secretario de Gobernación
y coordinador de las maniobras del ejército,
Don Luis Echeverría Álvarez,
cultiva en su casa un jardín encantado
de rosas y de coles.

Solo en su casa, de altísimos muros,
es exculpado por sus pares del Olimpo.

No por nosotros, habitantes de aquella Tlatelolco.

LA ALFOMBRA ROJA DE MARTITA

Martita hace pasarelas
para la historia:
la vemos en un bello coordinado
al comprar una pila de toallas de seda
y todo es “toallagate” para los medios.
Bajo su bienhechor rol de Evita
sortea boletos de baja denominación para el vulgo
y desde Londres se comenta
que sólo un diez por ciento es caridad
y el noventa que resta
reposa en las arcas de Martita.
En un *blazer* de encaje
semejada a Mary Poppins,
posa junto a su hijo,
absuelto jamás por enriquecerse.

Dentro de su papel de Primera Dama
Marta vistió cientos de trajes hechos a la medida.

La sabia modista de Los Pinos,
la Consejera Mayor,
la asesora de imagen y estilo,
vistió a Marta para interiores

y exteriores,
para portadas de revistas y libros,
para grandes galas en palacio
donde algunos reían de todo,
excepto de Martita.

En fin, una *couturière* sola y su alma
creó un vestido de día, rojo,
uno discreto,
con el cual Marta,
bajo juramento,
renunció a la política.

Larga vida al vestido rojo de Martita.

LOS HOMBRES DE PAJA

A Iván Trejo

Milosevic padre,
pope ortodoxo,
disparó a su sien derecha
después de hurgar en ella con uñas y dientes.
Buscó a Dios en ese túnel
y su última frase fue:
“No Creo en Él”.

Años después, su madre,
ortodoxa comunista,
también pronunció una sentencia definitiva:
“Todos me asquean,
este país y su blando Tito”,
y obligó al alma a retirarse de su cuerpo.

Milosevic hijo, al crecer,
ordenó un traje a la medida de sus sueños,
y se envistió, como ejecutivo de ventas,
dentro de un cuello blanquísimo,
y se envistió de Secretario del Partido,
herencia del amigo de su madre.
Junto a Mirjana Markovic,

esposa y madre sustituta,
predicó la minoría serbia
sólo de dientes para fuera,
pero con mucha fe,
para resucitar al Gran Imperio Austrohúngaro
en el siglo XXI.

Milosevic removió el odio de la salamandra,
aletargada por la paz de los muertos,
con una varita,
y así la salamandra agitó su cola,
y abrió sus fauces
muy a voluntad de Milosevic;
que regresaba al seno de su madre
sustituta y cónyuge,
y por ella designaba a un “niño de paja” bajo su mando,
un traje de dos piezas para contener la ira
del anciano reptil en cada súbdito.

Cuando la vieja Yugoslavia
descubrió su juego,
ya las armas, ejércitos y leyes
la habían convertido
en camposanto de huesos,
sin musulmanes, sin bosnios, sin húngaros,
sólo casimir relleno de paja.

La pareja aún ahuyenta
por los baldíos de Bosnia.

Milosevic, de heno él mismo,
fue vestido en medio de los campos quemados
por sastres de Francia,
por fundamentalistas antimusulmanes,
por la Organización de las Naciones Unidas,
que llegó más tarde que nunca.

¿Quién compró los límites de las nuevas repúblicas?

Ni aliados ni el eje,
sino fantasmales hechuras de casimir,
corporaciones de Occidente,
monigotes, con la infinita culpa
que puede caber en el ojal
de un traje vacío
de picnic sobre las cenizas de un campo quemado,
el traje del hijo de un pope ortodoxo sin fe en Dios,
y una madre comunista sin fe en los hombres.

EL GRAN ACUEDUCTO

Cuarenta millones de libios
menos cuarenta mil mercenarios
se enfilan hacia el refugio
secreto del Coronel Gadafi,
mientras él,
envuelto en su túnica,
torbellino de hilos de seda,
duerme una siesta
entre manteles de hilo
y alfombras tejidas en las cimas de África.
Gadafi reposa en los senos de una enfermera rubia
en la esfera que blindó su hijo Alí,
perseguido por La Haya.

Sin embargo,
cuarenta millones de libios
menos cuarenta mil mercenarios
aprenden a disparar viejo armamento
desechado por hijo y padre
y encuentran refugio bajo el anchuroso y profundo cielo de Libia.
Mientras tanto, Gadafi sueña con el Gran Acueducto,
capaz de escanciar el Mediterráneo en medio del Sahara

y convertir el zafiro
en esmeralda.

¿Fue así el sueño de la Gran Muralla, del Monte Rushmore y las
pirámides de Egipto?,
¿fue la armonía del Partenón concebida en medio del sueño de un gran
tirano,
entre el roce de la seda y venenos púrpura,
con la bota sobre una alfombra que anudara por siglos
la tribu entera?

LOS NIÑOS DE HAMELIN

Es, llanamente, un problema de números.
Los trasplantes exitosos,
los órganos que padecen necrosis después del injerto,
los órganos descartados por virus y antivirius
exceden las cifras de donantes muertos
en accidentes de tránsito
y, es claro, al raro universo
de los donadores saludables.

Cada hora que pasa desaparece un niño
para siempre
en Latinoamérica.

Sin embargo, no hay alcalde que ofrezca
un rescate por los niños de Hamelin.

No hay alcalde que escuche
a las madres de Hamelin.

Llenarían, entre todas,
la plaza mayor de esta república.

Los alcaldes las evitan,
esconden al responsable
del equipo de médicos cirujanos
de cierta unidad de trasplantes.

La historia de Hamelin es mentira,
no existe un gobernador
como el de Hamelin.

Existe una *Pietà*,
un monumento de mármol hecho trizas
para las madres con hijos enfermos,
una opinión pública llorosa
cuando un cirujano de Alaska
trasplanta un estómago
a un niño anoréxico
y el médico es convertido en celebridad
como un edicto sobre mármol blanco.

Las esposas de ciertos funcionarios
conocen a los cirujanos de Hamelin,
aunque jamás tendrían el mal gusto de mencionarlos
durante sus *tours* a otros planetas,
ni a la esposa del general brigadier
de las fuerzas armadas,
ni al jefe de la policía federal,
ni al jefe de la policía judicial,
ni al superintendente local.

No es difícil adivinar su rostro,
incluso tras un tapabocas.

No es difícil adivinar dónde está ese gran hospital
de medicina avanzada.

No es difícil.

Son tantos rastros
como los niños de Hamelin.

A LAS PUERTAS DEL ALMACÉN

Venus del escaparate,
la del corazón como una manzana rosada,
tú, soberana imbécil del Topos Uranus,
¿de verdad fuiste tú misma
quien dictó el poema
del cuerpo semidormido de las mujeres de la tierra
a los diferentes oídos de los grandes poetas?

LENCERÍA

LAPTOP

Dime, te lo ruego, qué cosa es un *voyeur* del sexo opuesto,
dime que no es sino un gran conoedor de baratijas,
un lírico triste de universos perpendiculares,
dime por qué parece un arlequín
de la *Comédie-Française*.

Dime tú, la que nació de la costilla de un hombre
y ha sido cantada y medida en verso
por su 34 C,
por la axila riente de su sexo
y por su trasero fabuloso.

De inmediato se abrió su laptop-checkadora-de-mercancía:
“*uve* minúscula *voyeur*,
vegetal del cibersexo,
col partida en dos mitades”,
y luego dejó correr ante mis ojos
el lumínico archivo
de las dos mil y una lágrimas y risas
del fantástico heterosexo masculino.

DEPARTAMENTO DE CABALLEROS

CAMISAS DE ALGODÓN

Una camisa nueva
para robarse el corazón de una mujer,
una hechura de algodón egipcio
de quinientas fibras,
como sábanas planchadas de gran hotelería,
como un almidonado bajomantel
donde se come rico.

Camisas con el mismo diseño
de hace dos siglos,
Victoria's Secret para el sexo femenino.

Camisas llanas
son las camisas del amor verdadero,
los *Latin lovers* son como el *crochet* de una madre
que bordó con verdadera pasión para el hijo favorito.

Huye de las camisas bordadas
como del perfume con base de violetas marchitas.
Toca madera, en serio.

ROPA CASUAL

VAQUEROS

Yo me puedo tardar dos horas
en elegir los pantalones perfectos:
de mezclilla, a la cadera,
incluso al ombligo
y con el largo reglamentario.

¿Para qué?,
para que en el mundo de los hombres
sean apreciadas sólo las nalgas.

Yo no.

Yo no veo el trasero
ni las pinzas de enfrente,
ni antebrazos con manos musculosas
ni bíceps.

Me concentro duramente
en el área enardecida del corazón:
yo sólo pienso en el glorioso San Valentín.

ARTÍCULOS DE LUJO

CORBATERÍA

San Valentín me dictó al oído:
haz un poema sobre una corbata de seda.
Entonces recordé cierta corbata italiana,
monolito recién emergido del mar del deseo
con tonalidades de Botticelli,
de garbo y métrica perfecta;
me pareció una cosa magnífica
escribir sobre aquel edicto.

Una corbata es algo que queda entre dos:
no tiene nada que ver
con el sentido de la vista,
como la arquitectura,
ni con los otros cinco sentidos,
como todo lo que puede ser nombrado sobre la Tierra.

Una corbata es cosa del sexto sentido.

DEPARTAMENTO DE ELECTRÓNICA

DAVID BECKHAM

¿Dónde están todos los hombres?

No hay uno solo en el almacén.

Ninguno compra chocolates,
abrigo o diamantes para una mujer.

Una multitud de machos se concentra
pero, en lo más profundo de sí,
todos piensan en Beckham, el ídolo de la pantalla de plasma;
entre toneladas de ropa deportiva,
pesas y bicicletas estacionarias,
ellos sudan sobre el campo recién podado
de los sueños.

¿Por qué ven a Beckham,
por qué las calles se vacían
cuando juega Beckham,
por qué los palacios de fútbol
se llenan con Beckham,
por qué se vacían los almacenes
y nadie se concentra
siquiera en su coche deportivo?

Beckham no les pertenece,
Beckham es mío,
es totalmente mío,
de pies a cabeza es mi ídolo,
el capitán del campo
recién podado de mis sueños.

Afirmo que tiene una técnica incomparable
y que la decena de jugadores
empecinados en seguirlo,
en honor a la verdad,
se cansan.

Creo que cuando imprime energía a sus músculos
para hacer una jugada
camino a la red,
ningún héroe se le compara.

Beckham es invencible en el costado izquierdo,
en el derecho;
en el área grande reparte el juego
como nadie
y en el área chica es imparable.
Es un vikingo magnífico.
Guardo fotografías épicas
de sus triunfos en el hemisferio derecho de mi cabeza,

en el izquierdo,
en realidad, en todas partes.
Y me importa un cuerno la metáfora,
alguna rima involuntaria,
el verso medido,
de hecho, el arte y la ciencia
me importan un cuerno;
tampoco me distraen los satélites,
el teléfono,
el clima...

Nada como un gran partido de fútbol
para meterse en la cama toda la tarde.

TIENDA DE ROPA DE MARCA

BOXERS

En una tienda de ropa interior
de cuyo nombre no quiero acordarme,
casi como un espectáculo de circo,
como un *best-seller*,
se exhibían unos boxers
con el diseño más feo del mundo:
una pareja de sapos
enredados por sus lenguas
en un torcido beso francés.

Un príncipe siempre estará en riesgo
de convertirse en un lépero
con semejante vestido.

¡No te lo pongas!
En serio.

Cuídate del galán
que te invita al circo
de los Hermanos Ringling
con obscenidades en los boxers.
Una lengua de sapo merece la guillotina.

DEPARTAMENTO DE CALZADO

ZAPATOS ITALIANOS

Fui la dueña
de no sé cuantas zapatillas de cristal
para caminar al paso del tiempo.

Creo que ningún hombre sabe
lo que significa
usar zapatillas de cristal.
Son dos torturas,
dos maldiciones,
los dos pedestales de vidrio
son una especie de seguridad
de vete al carajo.

Sin embargo,
aquellos zapatos italianos
que adoré mientras pude,
los amé de tal manera
que cada prenda que tengo
posee una historia
relacionada con ellos.

Incluso ahora no puedo creer
que los haya abandonado.

Aún siento que entibian mis pies,
y que esa caricia sube por mis piernas
de vez en cuando.

Olvidalo, déjalo atrás,
un ataque de melancolía
te haría escribir en vieja métrica
un poema amoroso
a tus viejos zapatos.

Olvidalo.

CHOCOLATERÍA

UN CORAZÓN DE CHOCOLATES

Odio los chocolates.

Mucho más los que son caprichos

de San Valentín:

demasiado alcohol,

demasiados azúcares,

demasiados sabores que envenenan.

Los odio por su alharaca,

los odio porque cada uno es diferente del anterior,

los odio porque no puedo evitarlos,

los odio porque sin su sabor no soy nada,

los odio porque sí,

porque del odio al amor

sólo hay un bocado.

2

Volví al hogar,
a la ciudad que funde los rieles de los trenes,
y perdí el apetito.

Yo, este Yo que devoraba *rib-eyes* por costumbre,
mi Yo con apetito de beber coca-colas,
y cien diferentes tipos de ensaladas,
y azúcar de hielo: mi Yo bebía hielo bajo el fuego blanco del sol,
y no tuve deseos de nada,
absolutamente de nada.

En mi casa vacía,
—un terrón de azúcar y una pizca de sal disueltos en agua de la llave—,
hidrataron un mínimo mi sangre
durante los tres días que tardé en recuperar mi automóvil.

El primer día, en los minutos próximos a las seis de la tarde,
mis pupilas se subordinaron al horizonte.

Del azul óxido
al púrpura violento.

Mis ojos volvieron a perderse en la gimnasia compleja
de las ondas expansivas
que golpean retina y cerebro
para ser testigos mudos de la creación del acero.

Todo esto es real, estallé,
¿cómo demonios me piden
que escriba sobre cosas que no existen?

Vagones abandonados,
aquella estufa en el patio trasero de los vecinos
que se llevará el sábado el camión de la basura,
los ejes de tracción pesada de la refaccionaria Diesel,
todo eso cinceló el cielo de Altos Hornos.

Miles de obreros marcaron su tarjeta al amanecer
y al ocaso.

Cuando regresaban a sus estrechas casas de la periferia
el rojo seguía en su nariz,
en los pómulos,
en el pabellón de las orejas,
en el sudor ácido de la frente.

Cuando vi a las mujeres de Kuwait
sujetar su velo negro sobre nariz y boca
para buscar entre los pozos incinerantes
a los obreros de su casa,
recordé el pañuelo blanco en mi nariz,
perfumado a suavizante de ropa
y a oxígeno,
hasta que una brizna de nada,
o la gravedad solamente,
desaparecieran las moléculas de azufre
que habían entrado en la casa.

No fue verdad. Jamás desaparecieron.
Decrecían. Eran soportadas. Son olvidos de episodios.

Y yo sé dónde se esconden:
En el césped de mi casa,
en mis libros, en la madera de las puertas,
en el centro del tallo de mi cerebro.

Allí permanece el azufre.

La fecha que tuve que regresar y abrir mi casa
fue en la canícula más rigurosa.

El primer día, el aire ardiente
que entró por mi esófago me provocó febrícula.

A las diez de la noche,
el agua de la llave fría despedía vapor asfixiante.
Aun con el viejo aparato de aire
acondicionado encendido,
yo sudaba al salir del baño,

Tardó más de dos horas en producir aire respirable,
quise llorar de asfixia,
quise gritar,
y entonces entré nuevamente a la regadera con la bata de baño puesta
y con la toalla húmeda como turbante
para recuperar mi temperatura,
y las dejé secar mientras dormía,
arropada en ellas.

Hace muchos años,
le conté a mi pareja

que un día lloré porque no podía respirar
el ardor del aire,
y él aún lo recuerda.

Hubo otro gran robo en Altos Hornos de México,
sigo escuchando a los que mantienen los hornos con vida.

Del Sur, unos llegaron con sus números
a declarar la quiebra.

Antes vinieron otros
y se llevaron los millones que pudieron.

Contratos, fraudes.

No sabemos cuántas toneladas
robó el expresidente Salinas,
que ahora cambia por yenes.

Quería el acero,

los trenes,

los autobuses,

los bancos.

Dios lo tenga en el infierno.

En el infierno,
le dije,
si esto es el infierno.
Que Dios le conceda
una semana como obrero de los Hornos.

No, señora,
usted que escribe
no haga bromas con Dios.

La fundición es un trabajo honrado.
No huele bien,
se irritan los ojos,
y, si se descuida uno,
puede morir ese día.

Perdón, le pedí perdón
porque me pareció
lo único decente.

LA POZA DE LA BECERRA

I

En medio del desierto salobre
bajo el peso del sol,
hace millones de años
fue atrapado un fragmento de mar,
y formas de vida que no existen en Groenlandia
ni en el Tíbet.

La taxonomía tradicional se resquebrajó
como los maderos de las arcas antiquísimas
al ser libradas del musgo lodoso del lecho de los ríos.
Nuestros cíclidos sobreviven las eras.

2

En el centro del universo
el agua es cristalina,
como una alberca tratada a base de cloro;
su frescor es el de un vaso de hielos.
Allí, a uno o dos metros de la superficie,
buzos con el equipo más reciente
fueron arrastrados
por corrientes subterráneas.

3

Si escalas un cerro
entre las espinas de los cactus
y la mínima arborescencia,
si abres tu oído al rumor
de los protozoos de la prehistoria,
o si tapas tus oídos como sólo un humano sabe
y dices algo con la garganta solamente,
la palabra desvinculada del génesis,
la frase como salmo adulante de su dueño,
el poema no será sino profilaxis de todo lo que existe,
y percibirás sólo un eco

eco

eco

4

Desde esa zona límite del silencio
-la Poza de la Becerra,
azul oscuro-
sólo eres un vestigio
de la deriva continental.
Te propones que el carbón y la madera de tu lápiz
escriban sobre una hoja de papel resinoso
acerca de esa forma de vida,
esa hambrienta criatura

de cuarenta y seis cromosomas,
ni épica ni lírica,
sino erguida para procurarse algunas calorías,
que vende alimentos y agua de los Alpes
a los turistas
enloquecidos por el eco imbécilmente emotivo
producido por gargantas
que devoran con un gesto de orgullo.

POLIÉSTER

Ni el gusano de seda,
ni el pelaje del cordero indefenso,
ni los hilos de algodón,
resistirán los mil años que perdura el polímero.

El *dacron*, por ejemplo,
te expone al frío como el nitrógeno líquido
y atrae al sol como el capote de ira
y el ácido al hombre vacío.
Sin embargo, esta materia, el dragón,
da alas a los celos de serpientes.

Los colores del poliéster,
como la pólvora y el papel,
los inventaron en China
y sus fibras las lleva el hombre de la Luna.

La naturaleza se postra durante mil años
ante el poliéster.
Es más probable,
cara o cruz,
que antes tu fiel alma se llene de amargores
o de almíbar;
ambos, cara o cruz,
vuelven el alma de asbesto.
El poliéster perdura,
la naturaleza no importa,
la vida es breve.

ARTÍCULOS PARA CABALLERO

(*Tour* por el museo del ejército)

De izquierda a derecha

el visitante percibe

–desde la pasarela de la historia–

los artículos más preciados del museo:

un magnífico ejemplar de cota de malla,

como tejido al ganchillo sepultado en Puebla,

cuyo destino sería el óxido de Jerusalén;

testeras de caballo labradas con primor,

cuando el cuadrúpedo era el arma fabulosa de la Conquista;

estandartes con mayor encanto que manteles

de Brujas en tiendas de té londinenses;

estuches para duelo más sofisticados

que el tocador de madame Bovary;

dagas con pistola de plata

dignas del mejor surrealista.

No hay descanso para los ojos.

Sin embargo, en el *Manual de Guerra* de James F. Dunnigan,

se lee:

“No es la muerte la que vence al soldado,
sino el agotamiento, los sabañones y el desgaste
en unas trincheras que forzosamente son inmundas.”

AGUA

Mi planeta es un rectángulo de agua.
Un espejo al ras,
un corredor transparente.

Desde el pedestal, desde tu *maillot* negro,
desde el aire tibio,
recorres tu camino arañando la piel del agua
y dejas a los delfines azules
rozar tu hombro y costado.

La realidad es de agua.

Escucho agua: un aroma de agua limpia y delgadísima
me circunda en cada brazada.
los segundos son de agua,
la eternidad es equilibrio en el agua
entre el delgado cordón a la izquierda
y el denso muro del fin del agua.

Emerjo.

Me envuelve un mundo blanco de toallas,
Pavarotti y Bono
surgen de la lluvia constante

de las regaderas,
junto a las miles de gavetas del baño de mujeres.

Desde el área de mantenimiento
clama la voz de La Dolorosa:

–Odio estar aquí;
no dejo a mis hijos por gusto,
necesito el Seguro Social para el mayor, por las terapias–.

Un ejército de empleadas seca cada mosaico.

ESCUDO DE PAJA

Replicante del sol
–sombrero de paja–,
la choza siempre ahuyentó
colmillos y garras de la selva.
Anillo de cobre,
su sombra la sostenía
y aseguraba cobijo
a sus moradores.

Sin aviso se hizo el eclipse.
Sin parábolas, sin premoniciones,
y el viento que siembra el pájaro de granito
bajó en picada,
con un rugido como la risa del ángel caído
desde el círculo más alto.

A la velocidad del relámpago
calcinó con la espada el escudo de paja.

¿Quién vuela tras un tablero
en donde toda la creación se comprime
en un par de coordenadas?

¿Fue un dios el que apuntó con el índice
allí donde vivió una familia?

Un ser que se oculta así
debe morir de miedo.

NACIMIENTO

Este dolor no tiene fisuras.

Es liso como una esfera de cristal; es sordo.

Pesa todo lo que puede pesar,

no deja ver nada en él,

enmudece.

No comenzó nunca,

no veo su rostro, género y número.

Un hombre y mujeres de blanco

lo transportan en camilla;

toman su pulso,

y lo reciben, lo cobijan.

Nadie detendrá el llanto de mi recién nacida:

crece, se refleja en cada uno de los enceguecedores azulejos,

regresa triplicado, centuplicado, magnífico.

Se detiene un instante para aclarar el espacio,

y levanta, por sí mismo,

sólo asombro como telón de fondo

para resurgir desde el alma divina.

Rasando el techo y rasgando

los vidrios

asoman las sirenas, hélices
de helicópteros, el quejido alarmante
de las patrullas, la prisa,
el lamento nasal, unicorde,
del último informe de gobierno,

y absolutamente nada
ni nadie
logrará empañar la vida portentosa
del llanto recién nacido.

LÁPIDA PARA UNA MUJER LIBERADA

Como Diana, primero una flecha
al centro de un hombre;
como Penélope,
tejer una tela de araña;
caminar siempre un paso atrás,
como Eurídice;
salir del baño, como Afrodita;
leer de noche, como Minerva;
amar a una bestia, como Pasífae;
cultivar en exclusiva la tierra de tu casa,
como Gea;
predecir la infidelidad, como Casandra;
vengar al marido, como Hera;
memorizar uno a uno los rasgos de Narciso,
como Eco;
todo para morir en tu país

sin que te lapiden...

como a una extranjera.

LOS TRAJES NUEVOS DEL EMPERADOR

- Terminator* · 7 · 18 · Un dios menor
La doncella de hierro · 9 · 20 · La alfombra roja de Martita
El pequeño Augusto · 11 · 22 · Los hombres de paja
Donald Boy · 15 · 25 · El Gran Acueducto
The Pet Goat · 17 · 27 · Los niños de Hamelin

BOXERS

- A las puertas del almacén · 31 · 36 · Departamento de electrónica
Lencería · 32 · 39 · Tienda de ropa de marca
Departamento de caballeros · 33 · 40 · Departamento de calzado
Ropa casual · 34 · 42 · Chocolatería
Artículos de lujo · 35 ·

ALTOS HORNOS

- 2 · 43 · 49 · 14
4 · 44 · 50 · 15
6 · 45 · 51 · 16
8 · 46 · 52 · La Poza de la Becerra
9 · 47 ·

POLIÉSTER

- Poliéster · 55 · 61 · Escudo de paja
Artículos para caballero · 57 · 63 · Nacimiento
Agua · 59 ·

BAJO UN CIELO
DE CAL

Lápida para una mujer liberada · 65 ·

Impreso en agosto de 2014 por Quintanilla Ediciones.

Tiraje: 1000 ejemplares.

Decir el ansia urgente
Fernando Martínez Sánchez

Nudista
Jorge Valdés Díaz-Vélez

In extremis
Luis Javier Alvarado

Cumplimiento de la voluntad
Nadia Contreras

Mediodía blanco
Dana Gelinas

Volver en sí
Édgar Valencia

La piel del animal acorralado
Esther M. García

Desde esta orilla
María Luisa Iglesias

DANA GELINAS

MEDIODÍA
BLANCO

antología personal

MÉXICO
GOBIERNO DE LA REPÚBLICA



CONACULTA



Gobierno de
Coahuila

Una nueva forma
de gobernar 

SEC

Secretaría de Cultura